28 de octubre 2020 -230

NIEBLA AL AMANECER

A media tarde preparó las cosas. En la mochila puso un puñado de almendras secas, cacahuetes, uvas pasas, algunos dátiles y también unos cuantos higos secos. Enrolló la manta y la puso entre las correas de la mochila. Salió de su casa y, dirección a la montaña hacia el lado del levante, caminó durante unas horas. Al oscurecer, llegó al lugar. Entre las jaras, frente al acantilado, extendió la manta y se acurrucó en ella. Mientras cogía el sueño, a sus oídos llegaban los sonidos de aves y otros animales silvestres. No sentía miedo ninguno.

Dos horas antes de la salida del sol, la luna se situó en todo lo alto de la montaña. Redonda por completo y tan brillante que todos los paisajes se iluminaron casi con la misma luz de un día algo nublado. Se incorporó de la rústica cama en la tierra y hojas secas de monte, enrolló de nuevo la manta, cargó con la mochila y caminó lento como de regreso. Podía ver con toda claridad porque el resplandor de la luna era potente y los primeros rayos de sol del nuevo día comenzaban a llegar. Bajó hasta el arroyo, pasó por detrás te las casas de los pastores, ascendió por la ladera de las encinas y subió hasta casi lo más alto de la cumbre. Por entre el monte y siguiendo las veredillas de animales, por el lado de levante, sorteó las altas rocas de la cresta. Con mucho cuidado avanzó buscando un paso entre el gran tajo a su izquierda y las altas rocas sobre la cumbre, a su derecha. La luz del nuevo día iluminaba cada vez más los paisajes y esto le servía para avanzar con seguridad.

Una media hora tardó en atravesar el gran tajo a su izquierda y las rocas sobre la cumbre. Se aproximaba al lugar pero antes de llegar, sintió murmullo de personas. Miró y los vio. Sobre un pequeño prado de hierba, estaban parados como esperando también la llegada del amanecer. Los saludó y siguió avanzando. Trescientos metros más adelante, se encontró casi por completo frente al collado. Justo en el momento en que la niebla empezaba a subir, empujada por la brisa al levantarse desde el otro lado de la montaña por donde el río se iba. Al ver el espectáculo, se quedó parado frente al acantilado, de espalda al sol que ya empezaba a salir por el horizonte y su asombro fue creciendo según los vellones de niebla asomaban por el acantilado y se elevaban lentamente. Como transformado y yéndose con la niebla que revoleaba, rezó: “Gracias Dios mío porque una vez más me permites vivir en sueño lo que en vida ya no puedo”.